

RELACIONES MONTAÑA RÍO

MOUNTAIN RIVER RELATIONS

CARLA CANTO¹

Resumen

Este artículo explora la relación entre el río y la montaña, no solo como elementos geográficos, sino como entidades vivas que moldean la existencia y la percepción humana. A través de experiencias personales y reflexiones ancestrales, se analiza cómo el agua y la tierra establecen un diálogo constante que trasciende el tiempo y el espacio. Se abordan conceptos como la escucha hipersensible, la acustemología y la percepción inmersiva del sonido, destacando la importancia de una conexión ritual y afectiva con el entorno. Además, se cuestiona la modernización que intenta silenciar los ríos urbanos y se reivindica la presencia del agua como un lazo sagrado entre lo humano y lo más-que-humano.

Palabras clave: relación montaña-río, escucha hipersensible, inmersión, ritualidad del agua, canto no verbal.

Abstract

This article explores the relationship between the river and the mountain, not only as geographical elements but as living entities that shape human existence and perception. Through personal experiences and ancestral reflections, it analyzes how water and land establish a continuous dialogue that transcends time and space. Concepts such as hypersensitive listening, acoustemology, and immersive sound perception are addressed, highlighting the importance of a ritual and affective connection with the environment. Furthermore, it questions modernization's attempts to silence urban rivers and reclaims the presence of water as a sacred link between the human and the more-than-human.

Keywords: mountain-river relationship, hypersensitive listening, immersion, water ritual, non-verbal singing.

Introducción

El río y la montaña no solo existen en el paisaje, sino que son huellas vivas de un camino trazado a través del tiempo. En sus encuentros y separaciones, en su eterna danza, resuena el eco de una devoción antigua, un vínculo tejido más allá de la comprensión. En sus aguas crecieron mis hijos, en su fluir se entrelazaron nuestras historias, en su profundidad quedaron grabadas las memorias que ahora me llaman desde la distancia.

Habitar el río dejó una marca imborrable en mi ser. Sus dones no se desvanecen con el tiempo ni con la lejanía. Su voz sigue presente en el recuerdo de la limpieza de las orillas

¹ Madre, músico, compositora, arreglista, profesora de canto, miembro del ONTOLab/multiESP. Correo electrónico: canto.carla@gmail.com

que realizamos con mis hijos y su terapeuta, en un llamado que denominamos “limpieza de las acequias”. En ese tiempo, nuestra intuición nos guiaba, conectándonos con una práctica ancestral que asumíamos como un gesto de gratitud, una ofrenda para el espíritu del agua. Aún en la distancia, las ritualidades de los sitios sagrados, sus mensajes y sus dones continúan manifestándose. En esos momentos, el río nos hablaba en melodías ocultas que resonaban en nuestra piel y en nuestros silencios.

Mi hijo Alan comprendía al río con la entrega de quien ha sido llamado por el agua. Su fascinación se tornaba ritual; su escucha hipersensible y percepciones inmersivas se volvían enseñanza (Canto, 2024). Aprendí a través de sus ojos, de sus manos tocando la corriente, de su deseo desbordante de querer sumergirse. Un saber instintivo, un reconocimiento sagrado del agua como su hogar. Sus silencios estaban cargados de significados. En la orilla, juntos, atendíamos el murmullo del agua, el canto de los pájaros, el crujir de las hojas, los rezos y la danza de su presencia. Era un diálogo sin palabras, un mensaje cifrado en el lenguaje de lo sagrado.

El río nos enseñó a escuchar lo que trasciende las palabras, a percibir los susurros ocultos en su cauce, a navegar por sus aguas trazando caminos que llevan a infinitos mundos. Su presencia es constante y sagrada, y se ve reflejada en la llegada de viajeros y viajeras que me devuelve su presencia y hacen llegar nuestros rezos y ofrendas.

El encuentro con la montaña, junto a mis hijos, fue un regalo de asombro y veneración. Con gratitud, recibimos su inmensidad, dejándonos envolver por su presencia sagrada. Mientras el agua corre, desbordante de caminos, la montaña respira con la calma de quien ha visto pasar los siglos. Pero ambas se transforman: el río, con su fluir incansable, moldea la piedra, la montaña y deja su rastro en la tierra; la montaña, a su propio ritmo, se deshace en partículas que alimentan los valles y modela el camino del río, se eleva con el movimiento profundo de la tierra. Entre el cauce y la cumbre se teje la existencia.

Estas relaciones también evocan mi vida actual en mi ciudad natal y las enormes complejidades de la crianza tras mi regreso. Hoy tengo la fortuna de narrar y compartir vivencias sagradas sobre las montañas y el agua, trascendiendo la idea de río. Aquella primera conexión nació en el Río de la Plata, pero su continuidad se manifiesta en La Paz, entre sus montañas surcadas por ríos y diversos cuerpos de agua. Aún persiste la presencia del río, como una reverberación de sus sabidurías y bendiciones, y también a través de mi hijo, nacido en sus aguas.

Relaciones *urqu-uma*

Así como el agua nos guía, la historia de estas tierras también habla a través de ella. En tiempos antiguos, mucho antes de la llegada de los incas, el agua era el hilo que unía a los pueblos del valle de La Paz. Los señoríos aymaras concebían su mundo en dos mitades: *uma*, el agua, al este; *urcu*, el monte, al oeste. Entre ambas, la ciudad dormía, resguardada por ríos y manantiales que aún hoy marcan su geografía, aunque la modernidad los haya querido ocultar (Bouysse-Cassagne, 1978; Rodas, s.f.).

Este orden sagrado no solo delineaba el territorio, sino que también se tejía en los mitos. Tunupa, dejó su rastro en el Collao a través de dos caminos: el camino del agua (*uma*) y el de la cordillera (*urco*, *urqu*), reflejando la antigua cosmopraxis de los Chuquila, cazadores de las altas

punas, cuyo culto al rayo parece haberse fundido con la figura de Tunupa. Así, la geografía mítica se entrelaza, y el agua y la montaña no es solo sustancia, sino memoria, huella. (Bouysse-Cassagne, 1987; citada en López, 2018).

El agua no desaparece, solo se esconde. Aún fluye, aún susurra. Quien sabe escuchar, la oye en el viento, en las piedras, en los sueños. Como un río subterráneo, su mensaje permanece. Así, el agua no solo es un elemento, sino un lazo que une tiempos y territorios, un eco que resiste la modernidad.

Gracias a las vivencias, recuerdos del río guía, me tocaba encontrar mi propio cauce en la ciudad de La Paz. Y no tuve que buscar lejos: el lazo estaba a metros de casa, atravesándolo todo. El río que dio nombre a la ciudad seguía allí, oculto pero presente, fluyendo en múltiples formas, susurrando su historia en cada rincón. Pero la perspectiva cambiaría; había que ver a la montaña primero, había que ir entendiendo al *urqu* para comprender el camino *uma*.

Cuando la montaña y el río se encuentran, la vida se transforma. En la geografía paceña, su danza es inseparable: la montaña se disuelve en agua y el río esculpe su cauce en la piedra. No hay uno sin el otro, no hay forma sin el flujo. En La Paz, estas fuerzas dialogan en lo visible y lo oculto: ríos que atraviesan la urbe, moldeando sus calles como huellas de un cauce antiguo; montañas que guardan en sus entrañas el secreto de las aguas subterráneas.

Los puentes trazan la geografía olvidada de la ciudad, marcando el paso de recorridos ancestrales y las conversaciones milenarias de los ríos y las montañas. En sus estructuras resuenan los ecos de choques y encuentros, de crecidas, desbordes y hundimientos que dejaron huellas en el paisaje. Son testigos de memorias que, al manifestarse, reubican las cosas, desplazando certezas, afectando y revelando otras formas de habitar, de recordar y de escuchar los territorios.

Hasta bien entrado el siglo XX, el espacio urbano estaba surcado por numerosos ríos y riachuelos que se comunicaban a través de una red de puentes. Algunos fueron contruidos por los incas, otros durante el período colonial y, más tarde, en los inicios de la República. Antes de su entubamiento, el río Choqueyapu era atravesado por múltiples puentes en distintos puntos de la ciudad, testigos de su cauce vivo (Medinacelli, 2000).

El Choqueyapu, que un día corrió libre, hoy yace sepultado en concreto en el centro de la ciudad, su voz apenas un eco en la memoria de la ciudad. La modernidad ha cubierto su cauce y contaminado su cauce, pero el agua siempre encuentra su camino. Como lo señala Samuel Hilari, esta es una sedimentación ideológica: la negación de un río que aún fluye, aunque sus nombres ancestrales se desvanezcan bajo la arquitectura de la urbe. La visión moderna de la ciudad ha transformado estas relaciones. Desde el proyecto de Villanueva a principios del siglo XX, con su enfoque higienista y de modernización, hasta la ampliación de

El Choqueyapu, que un día corrió libre, hoy yace sepultado en concreto en el centro de la ciudad, su voz apenas un eco en la memoria de la ciudad.

la avenida del Poeta en 2020, el embovedado del río Choqueyapu ha sido concebido como un símbolo de progreso (Hilari, 2019).

A lo largo del tiempo, persisten las que escuchan el llamado del agua. Las lavanderas de Pasankeri, guardianas de vertientes, conversan con los manantiales. Con manos curtidas por el agua, preservan los saberes que enlazan lo humano con lo sagrado. Lavando, purifican; removiendo, restauran. Aguas que llevan las penas, el eco de quienes ya partieron, por medio de rituales lavatorios, pude evidenciarlo en una de mis visitas. Las lavanderas limpian las acequias que dejan su rastro en la urbe. Conocerlas me ha mostrado el mundo caleidoscópico que retoma una y otra vez sus relaciones *urqu* y *uma*.

Más allá de la ciudad, en las faldas del Illimani, el Larqalli se vive como un pacto renovado con el agua y el Apu Mayor. No es solo una limpieza de acequias; es un latido en la tierra, un eco que resuena en senderos abiertos y manos que apartan la tierra, la hojarasca para que el agua siga su curso milenario alimentando el riego. Es trabajo y es rito, es ofrenda y celebración.

Desde el principio de los tiempos, cuando el mundo aún se acomodaba en su geometría, los nevados fueron cóndores gigantes, aguardando su destino. En la última noche, cuando Wirakocha fijó la forma del cosmos, uno de ellos abatió sus alas sobre la roca, y la nieve cubrió su cuerpo inmóvil. Así nació Illimani, el Resplandeciente, guardián del agua y del tiempo detenido. Pero antes, hubo lucha. Cuatro señores dominaban la cordillera: el Señor de Luz (Shuru-Apu), el Señor de Piedra (Ka-kaa-ka), el Señor de Agua (Hila-Humani) y el Señor de Aire (Huayra-Apu). La disputa entre ellos estremeció la cordillera por mil años, hasta que Thunupa dictó sentencia: solo tres quedarían. Illampu sería el Centelleante, Wayna Potosí el Joven Bramador, e Illimani el Resplandeciente. Huayra-Apu, el rebelde, sería castigado: su cumbre partida en dos, su fragmento lanzado lejos, llamado Sajama, el Alejado (Díez de Medina, 1979; citado en López, 2018).

Desde entonces, el Achachila Illimani. Es un ritmo, un latido en las acequias, en el agua que desciende, en el Larqalli que año tras año se realiza en la comunidad Tiwanaku-Cohoni. Una semana duraba antaño la faena. Los varones ascendían hasta la vertiente glacial, llevando en mulas y burros los implementos, las ofrendas. Sonaban campanas en sus arreos, resonaba el paso firme de los jilaqata, los yatiris, las autoridades. Otros esperaban en los lugares de descanso, preparando los alimentos, sosteniendo el trabajo hasta el retorno (López, 2018).

Larqalli, de *larqa* (acequia) y *alliña* (remover lo menudo), es más que limpieza: es restaurar la armonía. Es el rastro de la inmensidad, un pacto entre el agua y la montaña, entre la comunidad, la música y el tiempo (Layme, 2002; citado en López, 2018). Y esas memorias se replican de alguna manera en las vertientes de Pasankeri, con las lavanderas limpiando los arroyos que dejan a su paso las vertientes.

Otro aspecto clave es la agricultura. Gran parte de los productos alimenticios que llegan a los mercados paceños provienen de cultivos irrigados con las aguas de las acequias, alimentadas por el deshielo de los glaciares. Esto evidencia cómo la montaña es una fuente espiritual, mítica y también una fuente concreta de vida que sustenta a la población. Eso lo pude evidenciar en la visita a Cohoni y cómo las verduras llegan a la calle Luis Lara para ser repartidas por la ciudad.

Las montañas respiran en las aguas subterráneas, los ríos susurran en los muros de la ciudad. Aunque el concreto intente callarlos y olvidarlos, siguen su camino, como la sangre en las venas de la tierra.

Escucha hipersensible: inmersión en el sonido y la percepción

Escuchar no es un acto solitario ni una contemplación de un sonido en la distancia. Es reconocer el entramado relacional del cual emerge, dejarse afectar y comprender que dentro del espectro de escucha existe un mundo sonoro inaccesible. Las relaciones de escucha se entrelazan con múltiples formas sensoriales, disolviéndose en la vibración que nos atraviesa y haciéndonos parte del flujo.

La inmersión en la escucha es una percepción sin fronteras, un océano donde todo suena al mismo tiempo. Si bien esto puede ser abrumador en principio, al atravesar ese umbral es posible alcanzar un estado de atención profunda y relación, atravesada por los afectos, es una conexión donde nosotros somos parte del flujo. Cuando se acompaña de hipersensibilidad y de la disposición a permeabilizarse, se magnifica la intensidad de las percepciones y los detalles, permitiendo así una comunicación transespecífica permeable. Pongo hincapié en el estado inmersivo e hipersensible, al vivir una experiencia maravillosa en la Isla del Sol en ceremonia, que me permitió acceder a la escucha de mi hijo, su punto de enunciación, agencia, percepción. Mi hijo tiene la condición del espectro autista, y en este proceso, la escucha y mucho más fueron revelados. Este momento se ha convertido en un faro que tomo como guía, para transmitir formas de estar conectados y con compasión a los que nos acompaña.

Ingold señala que es en la inseguridad de infracomunicar, y no en la certeza de comprender, donde realmente nos abrimos unos a otros y al mundo (Ingold, 2018). Esta apertura también permite el surgimiento de nuevas comprensiones y relaciones a otros niveles.

Ron Davis hablaba de sus primeros años en el vacío como un estado de amor puro, indiviso. Pero cuando las formas emergieron, cuando el mundo se fragmentó en partes individuales, llegó la sobrecarga, el caos (Davis, 2015). La escucha inmersiva, las percepciones inmersivas nos llevan a estar en planos de profunda conexión, los misterios y la comunicación son revelados a su tiempo.

Una percepción intensificada del sonido puede exceder lo que se considera “normal” o aceptable en muchos contextos. Los sonidos se entrelazan de formas sinestésicas, no solo se perciben, sino que se “sienten” físicamente, como una vibración que se introduce en la piel y los huesos o de otras maneras. Cada sonido se convierte en una manifestación de relaciones, de energías que se encuentran y se rechazan, más allá de su origen material. Esta hipersensibilidad no es simplemente una carga o desafío, sino una puerta abierta hacia un tipo de conocimiento que escapa a las formas convencionales de escuchar (Canto, 2024).

La acustemología, como lo plantea Steven Feld, permite comprender el sonido no solo como un fenómeno acústico, sino como una vía fundamental de conocimiento y existencia en el mundo (Feld, 2013). En su trabajo con los Kaluli del Bosavi, Feld encontró que las relaciones sonoras de la selva húmeda tropical no solo moldeaban la musicalidad de esta comunidad, sino que también articulaba su cosmopraxis y memoria colectiva. Los pájaros, en este contexto, no eran solo

emisores de cantos, sino portadores de historias, presencias ancestrales y evocaciones de la pérdida, lo que evidencia cómo el sonido, su presencia se convierte en un medio de relación con lo más que humano, espiritualmente, emocionalmente. Desde esta perspectiva, en las propias palabras de Feld:

La acustemología une la acústica a la epistemología para investigar el sonido y la escucha como un conocimiento-en-acción: un conocimiento-con y conocimiento-a-través de lo audible. La acustemología, por ende, no invoca una noción de epistemología en el sentido formal de construir proposiciones metafísicas o trascendentales alrededor de nociones de “verdad” [...]. En vez de ello, involucra los aspectos relacionales de la producción de conocimiento (Feld, 2015: 12; citado en García, 2017).

Por otro lado, el sonido no solo se produce o se recibe; nos envuelve, nos orienta y nos transforma. Escuchar es habitar el sonido, moverse en él, percibir sus ecos en la memoria y el cuerpo. Esta inmersión nos sitúa en un entramado de relaciones donde lo humano y lo no-humano se entrelazan. No se trata solo de decodificar señales, sino de dejarnos afectar por ellas, de encontrar en la escucha una forma de navegación y de sentido. Como los murciélagos que se desplazan en la oscuridad a través de la ecolocación, la escucha, puede ser una guía, un mapa sensible que revela afectos, territorios, tiempo, historia, presencias, un mecanismo creativo de orientación. A través de esto, se configuran formas diversas y compartidas de ser humanos, al tiempo que se expanden nuestras posibilidades de comprender lo más-que-humano, de relacionarnos, desarrollar reflexividad y cultivar la compasión que se activa de las relaciones.

Escuchar es habitar el sonido, moverse en él, percibir sus ecos en la memoria y el cuerpo.

Desde una perspectiva vibracional, el sonido no es solo una señal acústica, sino una manifestación fundamental de la existencia, un principio organizador que estructura la materia y la conciencia (Soriano, 2007). La vibración, como lo plantea la tradición del Spanda en el shivaísmo de Cachemira, es la pulsación primordial de la realidad, un flujo continuo que conecta todos los niveles de la experiencia (Martínez, 2004). Esta resonancia no solo se despliega en la espiritualidad, sino que también moldea los procesos perceptivos y afectivos, generando ecos entre cuerpos, memorias, sanación y paisajes.

Por otro lado, abordar los paisajes sonoros de manera crítica permite reconocer su papel en la construcción de significado, en la distribución del poder y en la manera en que los cuerpos resuenan con su entorno y con los otros. La escucha inmersiva e hipersensible es una propuesta que plantea desafiar las jerarquías y estructuras de poder que rigen el contexto, revelando cómo ciertos sonidos son privilegiados mientras que otros son marginados o silenciados, esto puede ser entendido como una fuerza política y ética, ya que configura los modos en los que percibimos, sentimos y nos relacionamos con el mundo.

Al concebir la escucha como un acto relacional, afectivo, hipersensible e inmersivo, se abre la posibilidad de construir formas alternativas de conoci-

miento que desbordan los paradigmas dominantes. La percepción vibratoria nos invita a experimentar el sonido como un campo de interacciones dinámicas, donde cada cuerpo se convierte en un nodo resonante dentro de una red de vibraciones compartidas.

La teoría de listening-with y listening-without de Wright, que propone una escucha atenta y consciente en la que nos sintonizamos con las perspectivas de otros y lo que no está, se alinea profundamente con esta experiencia sensorial, perceptiva e inmersiva hipersensible. Aquí, la escucha no solo se dirige hacia el mundo sonoro incompleto, sino que también se convierte en una forma de apertura hacia lo que no se oye. Escuchar se transforma en un acto de relación: cada sonido es un puente entre el mundo interior y exterior, entre lo personal y lo colectivo.

Al voltear hacia este extremo del espectro, cerramos el círculo y cuestionamos quién escucha a quién. El excepcionalismo humano se ve cuestionado como consecuencia del debate sobre la agencia y los derechos no humanos. No se trata solo de que esto oriente una responsabilidad ética hacia el acto de registrar; también ayuda a entender el ‘sí mismo’ como un sitio de múltiples perspectivas. Comprendo que la naturaleza escucha y documenta mis huellas tanto como yo podría afirmar que la capturo a ella (Wright, 2022: 50).

Peter Wright reflexiona sobre los desafíos que enfrenta la grabación de campo en sus dimensiones éticas, políticas y artísticas. En este ámbito, muchas prácticas han seguido reglas no escritas que refuerzan una visión colonial y extractivista del sonido. Se asume, por ejemplo, que la grabación no debe ser intervenida significativamente, que el cuerpo del grabador de campo debe permanecer inaudible y que la naturaleza debe ser idealizada, favoreciendo una estética de la ausencia en la que el investigador desaparece. Esta perspectiva, como señala Wright, refleja un privilegio histórico que, en el contexto colonial, definió quién o qué era considerado verdaderamente humano o sensible (Wright, 2022). En este sentido, la grabación de campo ha estado históricamente marcada por un lenguaje de dominación que utiliza términos como “capturar”, “cazar” y “preservar”, reforzando una separación entre el observador y lo observado.

Frente a esta tradición, Wright propone un enfoque que reintroduce la presencia del oyente y del grabador en la escucha, entendiendo que el acto de grabar es también un acto de relación y cohabitación. Esto se evidencia en experiencias como la grabación binaural realizada por Peter Cusack en 2004 en el yacimiento petrolífero de Bibi Heybat, en Azerbaiyán,² donde el sonido no solo documenta un espacio, sino que transforma al oyente en participante de la experiencia. Aquí, lo que Wright denomina el Noisy-Nonself funciona como una crítica a la observación objetiva, recordándonos aquello que suele ser eliminado o ignorado en los procesos de documentación sonora, que deja marcas sonoras (Wright, 2022).

Desde esta perspectiva, podríamos pensar en el diagrama polar de un micrófono omnidireccional como un soporte para la escucha expandida, una herramienta que nos permite acceder a múltiples puntos de vista –humanos y no humanos– y participar en un intercambio sonoro más equitativo. Escuchar el paisaje, la atmósfera o incluso el silencio implica reconocer que estos elementos no son simples fondos neutros, sino agentes activos en la configuración de nuestra percepción y comprensión del mundo. Por ello cuestiona el concepto de paisaje sonoro porque refuerza la división entre naturaleza y cultura.

2 C.f. <https://www.youtube.com/watch?v=NrPOwODIN3E>

Este enfoque también invita a reconsiderar el papel del grabador de campo, que deja de ser un dispositivo invisible para convertirse en un testigo corporal y, a veces, humorístico de la escucha, difuminando esos límites. En este sentido, la grabación no es solo un registro, sino un evento generativo en el que coexisten la entropía, la agencia y la intimidad. Señalar “la cosa peluda”—el micrófono, el grabador, el cuerpo del oyente— es parte de este proceso de recodificación, en el que la escucha se convierte en una práctica situada y reflexiva.

Finalmente, en un mundo marcado por la crisis climática y la transformación acelerada de los paisajes sonoros, la escucha se vuelve una herramienta fundamental para cuestionar nuestras formas de habitar y relacionarnos con el entorno. La pedagogía de la grabación de campo nos lleva a preguntarnos: ¿Por qué este lugar y no otro? ¿Qué micrófonos usamos y qué decidimos grabar? ¿Cómo compartimos lo registrado? Estas preguntas no son solo técnicas, sino profundamente políticas, pues implican reconocer qué voces, sonidos y sensibilidades son valoradas o silenciadas en nuestras prácticas de escucha.

En este sentido, podríamos empezar ahora a cuestionar cómo escuchamos, qué dejamos fuera y cómo podemos construir una escucha más abierta, ética y relacional.

En el proyecto “Escucha hospitalaria en el arroyo Medrano”, Velarde cuestiona la noción clásica del paisaje sonoro de Murray Schafer, proponiendo en su lugar el concepto de pospaisaje sonoro como una forma crítica de comprender la escucha y la grabación de campo. A partir de caminatas sonoras realizadas entre 2022 y 2023, el estudio explora cómo la escucha no solo capta sonidos, sino que también construye conocimiento, influida por factores tecnológicos, históricos y culturales. Apoyándose en enfoques decoloniales y en teorías como la acustemología de Steven Feld y los modos de escucha de Ana Lidia Domínguez, *listening-with* y *listening-without* de Wright entre otros, se plantea que la grabación de campo no es una representación objetiva del entorno, sino un proceso donde el observador participa activamente. Así, el pospaisaje sonoro busca visibilizar lo inaudible, el carácter fragmentario y cuestionar las estructuras de poder que han definido la manera en que escuchamos y comprendemos el mundo sonoro. A través de la práctica, se aprende que el pospaisaje sonoro —el concepto de una escucha que va más allá del paisaje tradicional, lleno de sonidos dominantes y excluyentes— es vital. Las sonoridades no se jerarquizan, no se separan en lo que se debe o no debe escuchar. En lugar de tratar de “filtrar” los sonidos molestos o difíciles, la propuesta está en sumergirse en ellos, en relacionarse con ellos de forma transformadora (Velarde, 2024).

Por otro lado, Velarde postula la escucha hospitalaria que emerge como una táctica alternativa para repensar la relación con cuerpos de agua entubados, como el arroyo Medrano, frente a la imposición de configuraciones territoriales extractivistas. A través de la grabación de campo y los recorridos por su cuenca, esta práctica busca redirigir la atención hacia los sonidos del arroyo, reconociendo su agencia y resistiendo su fijación como una simple infraestructura urbana. Inspirada en las nociones de hospitalidad de Derrida y la escucha especulativa, la propuesta explora la permeabilidad del territorio y la posibilidad de alojar aquello que suele ser ignorado. Así, el sonido no se convierte en un registro solamente, sino en un detonante para imaginar nuevas formas de convivencia con el agua, que trasciendan su instrumentalización inmobiliaria y revelen su capacidad de refugio e intemperie en la ciudad (Velarde, 2024).

La propuesta invita a cuestionar nuestras formas convencionales de escuchar, abriéndonos a lo inaudible y lo silenciado, redescubriendo el sonido como un campo de relaciones dinámicas entre lo humano y lo más-que-humano. Al integrar la hipersensibilidad y la disposición a “permeabilizarnos”, la escucha se convierte en una experiencia inmersiva y corporal, que va más allá de oír: percibir la vida misma, donde el cuerpo vibra y responde al entorno. Así, el escuchar-con y el escuchar-sin nos permiten reconocer nuestra interconexión con el todo

Criarnos con el río y la montaña

El devenir de mi investigación se instala en la crianza mutua, entendida como un proceso en el que tanto el río como la montaña nos crían y transforman. Este proceso se inició con el Choqueyapu y, posteriormente, con el Achachila Illimani (Figura 1).

La conexión con nuestro río principal fue, en un inicio, un proceso doloroso. Implicó visitas, escucha, relacionamiento y un encuentro profundo con el río a través de caminatas en los lugares donde la ciudad aún no le daba la espalda, también reconocer al río embovedado. Fue un proceso personal desafiante, que removió mis estructuras internas y que, en su momento, habité junto a mi hijo.

El estado del río y las enormes complejidades que lo atraviesan marcaron mi camino al comienzo, haciéndolo difícil. Sin embargo, a través del río, la vida y los procesos relacionales, fui descubriendo nuevas conexiones que finalmente me condujeron a la comunidad de Cohoni. Allí conocí las acequias cuidadas por las comunidades, el deshielo del Illimani y la relación ancestral y milenaria que mantiene con el río La Paz, nombre que toma el Choqueyapu en su tránsito hacia las comunidades del Illimani.

El flujo del agua encierra una conexión profunda; una cosa lleva a la otra y, en ese transitar, se van revelando vínculos ancestrales que me ayudaron a comprender por qué estaba en ese lugar.

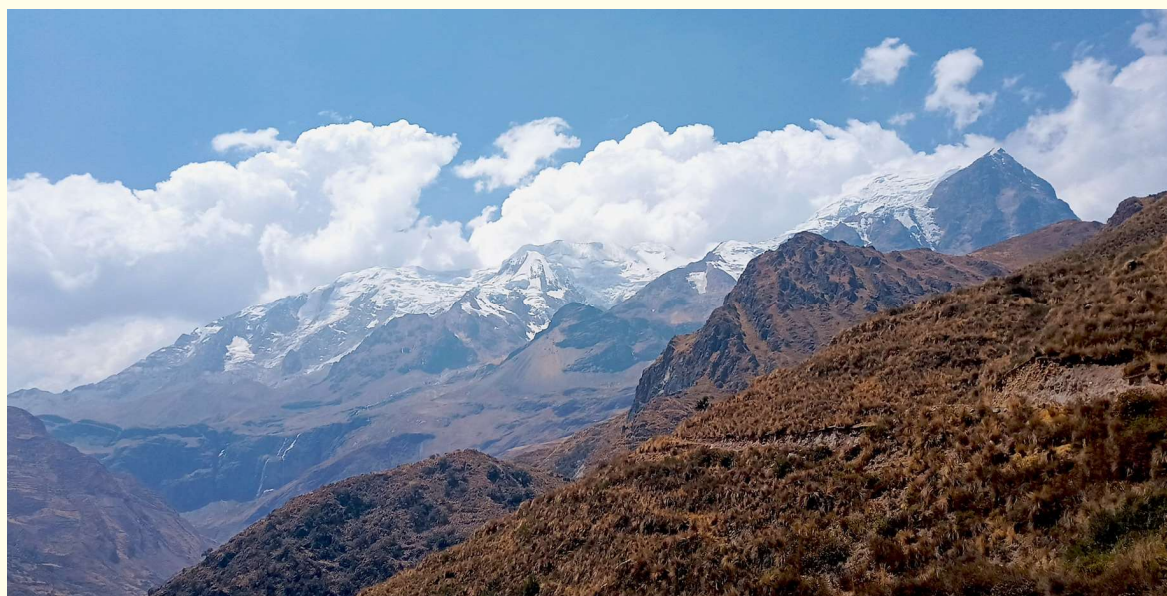


Figura 1: El Achachila Illimani.

Fuente: Fotografía de Carla Canto (2024).

La intuición y el dejarse guiar desvelan los misterios de este vínculo, conduciéndome a participar en el ritual del Larqalli.

Con el tiempo, el proceso dejó de ser solo mío y se convirtió en un camino compartido con hermanas, dando lugar a caminatas sonoras inmersivas. A través de cantos cartográficos, logramos conectar con los cuerpos de agua y de montaña de formas sonoras y rituales únicas, expandiendo la experiencia a diversas escalas e inspirando nuevas formas de vinculación. Y el camino sigue y va marcando la crianza también de un joven con autismo, que no por ser con el río y la montaña signifique que no tenga desafíos importantes, pero el proceso es muy generoso y abundante como lo es los cursos de agua, que tiene maneras muy maravillosas de crear recorridos y de poco a poco sin pensarlo su cauce se va acrecentando.

Es maravilloso dejarse guiar y criar por el río y la montaña, o como también podría llamarse, el camino Urqu Uma. Es difícil prever qué nos depara este proceso relacional, que nos invita a estar inmersas de múltiples maneras y a sentirnos acompañadas. Sin embargo, lo ya cosechado es de un espíritu sanador inconmensurable, permitiéndonos explorar nuevas formas de habitar esta experiencia.

Desde mi práctica performática y ritual, presentada en la Bienal de Sonandes en presencia del agua del Illimani, he generado propuestas de vinculación que despiertan afectividades y espiritualidad. Estas experiencias han evidenciado formas de comunicación transespecífica y la poderosa agencia del agua: su sola presencia puede ser apabullante y de una generosidad inmensa, propiciando conexiones profundas y transformadoras.

Han sido experiencias movilizadoras, capaces de generar efectos positivos en las audiencias y provocar cuestionamientos profundos sobre sus propios territorios, incentivados por los pulsos y devenires que se articulan de múltiples formas. Parte de estos procesos se puede explorar en mi sitio web Carla Canto y en el proyecto Urqu Jawira.³

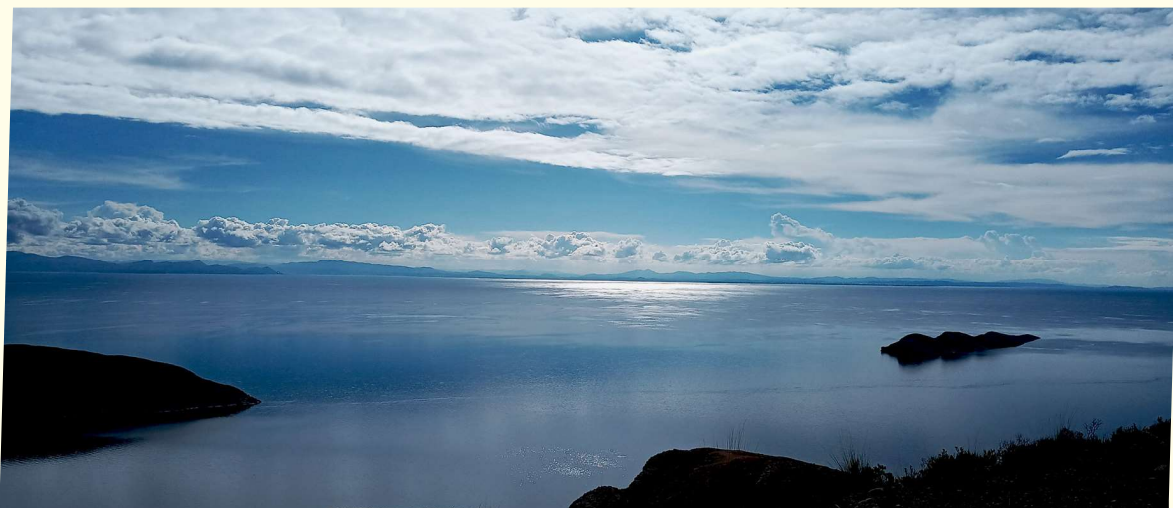


Figura 2: El lago Titicaca, una voz que necesitamos escuchar.

Fuente: Fotografía Carla Canto (2025).

3 C.f.: <https://carlacanto.com/> <https://urqujawira.wordpress.com/>

Introducción

En la vastedad del tiempo, cuando las señales se encuentran con la necesidad del alma, el viaje hacia la isla del Sol se teje, de manera inesperada, como un río que no sabe a dónde lleva su corriente, pero confía en el camino que ha recorrido. No fue un destino, sino un fluir. La isla, hogar de voces olvidadas, se nos presentó nuevamente. En su silencio, cargado de presagios y murmullos ancestrales, nos sumergimos.

El lago sagrado, vibrante con la memoria del mundo, cobijo de viajeros, nos susurraba secretos que solo podían entenderse al permitir que las aguas nos habitaran. Sus templos, ocultos entre la bruma del tiempo, se revelaban en cada paso, enseñándonos a soltar lo que ya no nos pertenecía y fortaleciendo lo que aún quedaba por descubrir. Este es el umbral, el espejo del alma, donde el cielo se refleja en las aguas, pero lo profundo guarda las huellas del pasado y las semillas del futuro. Aquí, el viajero se libera, se convierte en algo más ligero, más sabio, más conectado con la esencia que lo rodea.

En este viaje, los susurros de la isla y las vibraciones del lago nos guiaron hacia un entendimiento mayor, un eco de lo eterno que nos desveló nuevas formas de percibir el mundo.

Te ofrezco tres caminos antes de seguir por delante. Puedes elegir cómo deseas estar inmerso en esta historia:



1. Escuchar solo el audio:⁴ Ingresa al Qr. <https://carlacanto.com/album/inmersion-is-la-del-sol/>
2. Escuchar “con”: Sumérgete en el texto y el audio. Las narrativas fragmentadas tienen su ritmo; puede ser una continuidad o una discontinuidad. La experiencia es personal, se cocrea. Déjate afectar y sigue.
3. Escuchar “sin”: Si prefieres una experiencia más introspectiva, puedes escuchar solo la narración.

El agua fluye sin apuro, invitando a ser, sin palabras, en su propia cadencia. Hay risas, hay silencios que no necesitan ser nombrados, solo sentidos. Un eco que se teje con las ondas, un

4 C.f.: <https://carlacanto.com/album/inmersion-is-la-del-sol/>

movimiento en la corriente que nos abraza, que nos recuerda que estamos aquí, en este instante que se repite y se desvanece.

El lago se ofrece como un espacio de tránsito, donde el paso no se mide en tiempo, sino en la vibración. La arena se disuelve, las piedras se reconocen en sus formas, y cada salpicadura es un murmullo de alegría, una historia encriptada. Las olas reverberan, nos reflejan, lo que somos capaces de ser cuando nos toca divertirnos.

Las voces que emergen, en su totalidad, se reconocen en cada respiro del viento, en cada ola que se disuelve en la orilla. No es cuestión de entender, sino de escuchar lo que se nos da en el juego sin reglas, en el eco que nace del agua y se extiende por todo lo que toca.

Una frase lanzada al aire se convierte en parte de ese murmullo de la isla, resonando como una vibración que se entrelaza con lo eterno. Las palabras no necesitan explicación, no hay barreras entre lo dicho y lo escuchado. Solo un fluir, un entrelazarse que se alimenta de lo que somos, de lo que hemos sido, de lo que seremos.

Este momento, sin comienzo ni fin, permanece en el aire, como la brisa que nos acaricia, como el agua que nunca deja de moverse.

Las vertientes murmuran por toda la isla, fluyendo en un susurro constante, alimentando el lago con sus ecos. Es como si la isla misma respirara a través del agua, como si las piedras y la tierra se fundieran en un lenguaje antiguo, incomprensible, pero profundamente conocido.

Cerca de la orilla, la vertiente se deja sentir con mayor claridad. El agua corre sobre las rocas, resbalando, deslizando, creando una melodía que se mezcla con el viento. Un canto se deja oír, suave, fugaz. La corriente arrastra consigo el murmullo, lo entrega en pequeñas olas que tiemblan en el aire antes de desvanecerse.

Es una vibración que se siente más que se escucha, como si tocara la piel desde adentro. Todo se acomoda en su lugar, como si las corrientes invisibles de la isla alinearan los ritmos del cuerpo con los del lago.

La vibración cambia, se alarga, se desliza como un hilo líquido en el aire. Un murmullo se entrelaza con el viento, rozando la piel con su aliento tibio. La vertiente se disuelve poco a poco, como si el agua cediera su voz a otra forma de fluidez.

Algo resuena en la distancia, un eco que se insinúa entre los sonidos del aire. No es del todo agua, no es del todo viento, pero se mueve con la misma libertad. Se extiende y se repliega, buscando su cauce, desbordándose sin apuro. En su ondulación, todo mueve por un instante, como si el tiempo obedeciera al vaivén de una corriente invisible.

El silencio se despliega.

*Las palabras no
necesitan explicación,
no hay barreras entre lo
dicho y lo escuchado.*

Nada interrumpe la voz que emerge. Todo escucha.

El lago respira.

La calma lo envuelve todo. No hay prisa, solo el vaivén de las olas. El agua se funde consigo misma, como si el tiempo se desdibujara en su reflejo.

Conclusiones

La relación entre el agua y la montaña no es solo geográfica, sino que tiene conexiones profundas y espirituales. A través de las experiencias narradas, se evidencia que el agua no solo moldea la tierra, sino también a quienes la habitan y la escuchan. La escucha hipersensible y la inmersión en el entorno permiten revelar significados ocultos, acceder a memorias ancestrales y entender el agua como un agente vivo de conexión y transformación.

Por otro lado, la modernidad ha intentado invisibilizar los ríos en la urbe, cubriéndolos de concreto y negando su agencia. Sin embargo, el agua nunca deja de fluir, resistiendo el olvido e inscribiendo su presencia en la memoria del territorio. A través de prácticas de escucha y rituales de relación con el agua, se reabre la posibilidad de cohabitar con estos los cuerpos del agua de múltiples maneras, ampliando las percepciones, dejándonos afectar.

Este artículo invita a repensar nuestra relación con el agua y la montaña, comprendiendo que nos crían tanto como nosotros intentamos moldearlas. El río y la montaña nos enseñan sobre el tiempo, la transformación y la memoria, recordándonos que somos parte de un entramado vivo y resonante.

Bibliografía

BOUYASSE-CASSAGNE, Thérèse.

1978. "L'espace aymara: urco et uma". En: *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, 33° ANNÉE, núms. 5-6. Armand Colin. París, Francia.

CANTO, Carla.

2024. "Inmersiones de canto no verbal relacional". *Expresiones. Sonidos, músicas y espacios. Memoria de la Trigésima Séptima Reunión Anual de Etnología*, t. II: 15-24. MUSEF. La Paz, Bolivia.

DAVIS, Ron.

2015. *From Red Dirt and Wate*. En: *Autism Foundation*. [web].

FELD, Steven.

2013. "Una acustemología de la selva tropical". En: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 49, núm. 1: 217-239. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, Colombia.

GARCÍA, Jorge.

2017. "'Musicología musical': la música y el sonido como medios de investigación crítica". En: *Revista el oído pensante*. Buenos Aires, Argentina.

HILARI, Samuel.

2022. “Choqueyapu. La negación de un río como símbolo de modernidad”. En: *Revista Materia Arquitectura* vol. 1, núm. 23, Santiago de Chile, Chile.

INGOLD, Tim.

2022. “Los infracomunes”. *Llevando la vida: antropología y educación*: 71-79. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Santiago de Chile, Chile.

LÓPEZ, Lenard.

2018. *Ciclo ritual del Larqalli: Gestión del agua en la comunidad de Tiwanacu-Cohoni*. UMSA. La Paz, Bolivia.

MARTÍNEZ, Xicoténcatl.

2004. *Un universo no-fragmentado. El concepto de Spanda en la filosofía de Abhinavagupta*. El Colegio de México. Centro de Estudios de Asia y África. México D. F., México.

MEDINACELLI, Ximena.

2000. “¿La Paz, ciudad de cerros o de ríos?”. En: *Revista Ciencia y Cultura* 7. Universidad Católica Boliviana. La Paz, Bolivia.

RODAS, Carla.

s.f. “Superposiciones territoriales del pasado y del presente: La modernidad y las apachetas y wak’as en la ciudad de La Paz”. s.e. [web].

SORIANO, Samuel.

2007. *Budismo y vibración*. Comunidad Budista Soto Zen. Madrid, España.

VELARDE, Malena.

2024. “Escucha hospitalaria en el arroyo entubado Medrano en Buenos Aires”. En: *Latin American Literary Review*, vol. 51.

WRIGHT, Mark.

2022 *Listening after Nature. Field Recording, Ecology, Critical Practice*. Bloomsbury Academic. New York, EE. UU.